VEINTICINCO AÑOS DE CULTURA ESPAÑOLA (1936-1961)

POR

JOAQUIN RUIZ-GIMENEZ CORTES

A la hora de las desesperanzas o de los desalientos —que inevitablemente se producen en cualquier régimen político con el fluir del tiempo— importa que los hombres de 1936 vuelvan a tomar contacto con esta tierra vigorosa para sentir de nuevo el estremecimiento de la hora primera y seguir, con el alma en alto, la marcha hacia un futuro más pleno. Un futuro en el que se conjuguen vitalmente los tres grandes estilos y oficios humanos que marcan las piedras miliarias de la vieja Castilla: Burgos, Valladolid y Salamanca; milicia, artesanía y cultura; tres dimensiones que han de crecer al mismo ritmo para que España siga siendo auténticamente España y no se malogre la gran aventura humana de 1936.

El Jefe del Estado lo vió con claridad al decir el 8 de mayo de 1954, mientras recibía la investidura de Doctor *honoris causa* por la Facultad de Derecho de la Universidad Civil de Salamanca, que «la hermandad entre las armas y las letras encuentra en nuestra Patria una encarnación visible y espléndida en todas las horas de plenitud... como si hubiera querido marcarse una solidaridad entre el triunfo militar y la afirmación de la función rectora de la inteligencia para el gobierno de los pueblos».

Por estos mismos campos de la meseta castellana y más hacia el Sur, hasta el corazón de Andalucía, los grandes Reyes de León y de Castilla —Alfonso IX, San Fernando, Alfonso X el Sabio...— fueron ocupándose desde sus propias tiendas de campaña de la fundación de hogares de cultura. Así nació la Universidad de Salamanca, y más tarde, la de Sevilla; como en pleno triunfo de la unidad española, bajo los Reyes Católicos, surgiría la Universidad de Alcalá de Henares, o como en tierras del Nuevo Mundo, de la Nueva España, Hernán Cortés se preocuparía de poner los cimientos del colegio universitario de Coyoacán.

La razón es obvia. Ninguna gran obra política puede dejar de cimentarse en la función rectora de la inteligencia. Con su voz iluminada, José Antonio Primo de Rivera lo había repetido una y

otra vez en las vísperas mismas del Alzamiento Nacional: «Si una política —escribía en 1935, dirigiéndose a don José Ortega y Gasset— no es exigente en su planteamiento, es decir, rigurosa en lo intelectual, probablemente se reduce a un aleteo pesado sobre la superficie de lo mediocre», como en otro momento había subrayado que la constante vigilancia del pensamiento es esencial para que la acción revolucionaria no quede en pura barbarie.

Fiel a estas exigencias, el General Franco, casi recién instalado su cuartel general en esta ciudad de Burgos, constituía la «Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta Técnica del Estado», para que el fragor de la lucha armada no hiciese olvidar la urgente tarea de servicio a los valores de la inteligencia y de la formación integralmente humana de la juventud. Encarnando el anhelo de muchos hombres, había asumido el 18 de julio la dura misión de construir una gran España; pero él sabía que la grandeza de un pueblo no se mide sólo, ni principalmente, por su potencia material, por la riqueza de sus fuentes de energía física, ni menos por el número de sus cañones, sino fundamentalmente por la elevación de sus ideales, la nobleza de sus sentimientos y la hondura ilimitada de sus esperanzas. Por eso, años después, en aquella ocasión solemne de la primavera de 1954 en Salamanca, rodeado de mucetas universitarias y en un Paraninfo que oyó las voces más nobles de la vieja España, pudo decir que «todo régimen político trascendente para la historia de un pueblo necesita no sólo de órganos ejecutivos de poder, firmes y unidos, sino de otras fuerzas sustanciales: la adhesión iluminadora de las minorías consagradas a los más altos saberes de la cultura humana y la adhesión general del pueblo, es decir, de todos los sectores que orgánicamente integran la nación».

Ahora, desde esta vertiente de los veinticinco años, un hombre de la generación de 1936 viene a esta acogedora ciudad de Burgos (amablemente requerido por quienes la rigen) con la intención de decir algunas cosas sencillas sobre la medida y alcance con que se han cumplido esos afanes de elevación cultural y de enriquecimiento del alma de nuestro pueblo, mientras crecía el cuerpo físico de España. Palabras sobrias como el paisaje de Castilla, porque el Jefe del Estado no necesita panegíricos, que suelen hacer más daño que bien en un pueblo austero como el nuestro y que, además, desentonarían con la reciedumbre de su espíritu militar, templado en cien combates y con la llaneza de su limpio corazón. Don Francisco de Quevedo, al filo de la pregunta de Cristo a sus discípulos sobre el parecer de los hombres acerca de su persona, destacaba la importancia que tiene para el Príncipe saber lo que dicen de él sus gentes y los que le sirven:

«Quiere el Señor oir la verdad, no lisonjas, ni su engaño con sus palabras, sino la salud del mundo con sus preguntas.» (*Política de Dios, gobierno de Cristo,* cap. XII.)

Así, sin dejar rienda suelta al corazón, que tiene muchos motivos de gratitud para el Jefe del Estado, trataré de describir con la mayor objetividad posible, cumpliendo un acto de justicia, cuáles son las cotas alcanzadas en el horizonte cultural de España durante estos cinco lustros, sin ocultar las brechas que aún subsisten y las posibilidades que siguen abiertas para quienes conserven en sus almas íntegra la fe y viva la esperanza.

Tal vez sea menos difícil esa objetividad en la valoración, intentándola desde tres perspectivas convergentes: en primer término, *la actitud de los hombres del Alzamiento ante la realidad cultural vigente en 1936;* en segundo lugar, *el esfuerzo desplegado desde esa fecha* hasta nuestros días por las instituciones del Nuevo Estado, en servicio de las principales manifestaciones del saber, y, por último, *el haz de posibilidades y exigencias* que nos urgen para que no se deshaga en las manos de nuestros hijos la gran empresa en que pusimos lo mejor de nuestras vidas.

I. La cultura de 1936 y el Alzamiento Nacional

Toda revolución tiene siempre a su flanco, como tentación, el demonio de la violencia, el afán de hacer tabla rasa de cuanto construyeron las generaciones anteriores. Muchas veces los jefes revolucionarios caen en esa trampa y terminan por frustrarse las oportunidades de una auténtica renovación creadora de la vida nacional. Los ejemplos en la historia contemporánea, incluso en nuestros mismos días, son tan patentes como para que resulte innecesario mencionarlos.

El Alzamiento Nacional de 1936 corrió también ese riesgo: el de desconocer o negar las realidades positivas de la España anterior, de la doliente España a la que se buscaba salvar. Con el impetuoso celo que una lucha civil explica, hubo hombres que habrían tenido por saludable la radical eliminación de una parte sustancial de los factores culturales vigentes en la España de 1936, fruto de un proceso de varios decenios, por lo menos desde la Restauración. Pero el Jefe del Estado, con serenidad de espíritu y secundado por otros hombres de ánimo más amplio, adoptó bien pronto una actitud más prudente y fecunda: la de discernir mucho de lo valioso y legítimo de aquel panorama e incorporarlo a la nueva singladura de España.

Porque no era posible negar que en el tablero de la cultura española de 1936, como en toda empresa humana, se daba un entresijo de luces

y de sombras, de factores positivos, cuya fertilidad se palpaba, y de quiebras y errores que urgía corregir. Pese a las vicisitudes políticas internas e internacionales de España durante ese medio siglo, desde la caída de la primera República, el horizonte cultural de España habíase enriquecido sobremanera. El nivel de la investigación científica y de la producción literaria y artística alcanzaba cotas muy altas. En el plano de las ciencias de la naturaleza y de las técnicas resonaban los nombres de Ramón y Cajal, Blas Cabrera, Rey Pastor, Julio Palacios, Moles, Torres Quevedo, La Cierva, Marañón, Barraquer, Arruga, Madinaveitia, Rubio, Hernando, Jiménez Díaz y otros muchos de similar calidad; como en la vertiente de las ciencias del espíritu y sociales y en la Filosofía, las figuras de Menéndez Pelayo, Hinojosa, Menéndez Pidal, Bonilla San Martín, Asín Palacios, Sánchez Albornoz, Ballesteros, Américo Castro, Millares Carlo, Unamuno, Ortega, García Morente, Zubiri, Gaos, Aznar, Gallegos Rocafull, Recaséns, Medina Echevarría, García Bacca, Eugenio D'Ors, Ramiro de Maeztu, Vázquez de Mella, Pradera, Santamaría de Paredes, Posada, Sangro, Vizconde de Lema, Clemente de Diego, Sánchez Román, Jerónimo González, Castillejo, de los Ríos, Garrigues, Flores de Lemus, Viñuales... y los teólogos y moralistas, como Amor Ruibal, Arintero, Solá, Villada, Laburu, Getino, Palacios..., por no citar sino a algunos de los más notorios o de proyección más internacional, marcaban el vigoroso período ascendente de la contribución de España a la cultura contemporánea.

Paralelamente con el comienzo del siglo y a raíz de la pérdida de las últimas reliquias del Imperio, se había acentuado la preocupación por el perfeccionamiento pedagógico en los distintos escalones de la enseñanza y por la extensión de la cultura a todas las clases sociales. El grito de Joaquín Costa —en que resonaban los anhelos más antiguos de Jovellanos, Feijoo, Balmes y de tantos otros españoles sensibles al dolor de su patria— pidiendo escuelas para nuestro pueblo tenía que sacudir cada vez más la conciencia de las minorías dirigentes, de unas y otras tendencias ideológicas. El Estado, en medio de las oscilaciones políticas endémicas y de la penuria de recursos, fué acrecentando los resortes de la docencia. Por su parte, las principales órdenes religiosas fundaron o mejoraron durante ese tiempo numerosos centros de enseñanza, no sin tener que superar también, muchas veces, fuertes dificultades administrativas y ambientales, al mismo tiempo que con distinta orientación ideológica aparecían instituciones, como el Centro de Estudios Históricos, la Junta de Ampliación de Estudios y de Investigaciones Científicas, el Instituto-Escuela y otras entidades semejantes que trataban de aclimatar en nuestra Patria algunas de las nuevas técnicas educativas. Es un hecho comprobable estadísticamente que el porcentaje

de analfabetismo, superior al 50 por 100 de la población de ambos sexos en 1900, había descendido en 1920 al 43 por 100, y en 1930 —tras el benemérito esfuerzo del General Primo de Rivera y de sus colaboradores— frisaba el 32 por 100, y aún descendía en más de un 5 por 100 durante los años de 1931 a 1936.

Por último —y para cerrar este brevísimo bosquejo—, es justo no olvidar que en el orden de la creación literaria y de las Bellas Artes destacaba en alto grado la vigorosa contribución de los hombres de la «generación del 98» y la gran corriente poética jalonada por figuras de talla universal, como Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, mientras que Albéniz, Granados y Manuel de Falla simbolizaban en el horizonte de la música española uno de los instantes de más pura elevación.

Contrapunto de estos aspectos luminosos eran las graves quiebras y las vertientes dolorosas y oscuras inherentes al fraccionamiento y a las tensiones internas del ser de España.

Las pugnas económicas, sociales y políticas de aquellos años —sordas y contenidas, unas veces; públicas y violentas, otras— no podían dejar de repercutir en el campo de la cultura. Repercutieron, en primer término, en el aspecto económico, mermando las posibilidades del Estado e incluso de los diferentes sectores sociales, para acudir con eficacia a redimir las zonas de ignorancia de gran parte de la nación. Pese a los esfuerzos antes aludidos, el índice de analfabetismo en 1936 superaba todavía el 25 por 100, y la población escolar en los distintos tipos y grados de enseñanzas —primaria, media y profesional y aun en la enseñanza superior— era realmente muy pobre en comparación con la población total del país.

Pero más grave resultaba aún el reflejo de esa división nacional en el plano estrictamente espiritual, con enconados prejuicios y recelos recíprocos entre los hombres valiosos de unas y otras tendencias. Desde comienzos del siglo, y sobre todo desde 1931, se había acentuado la orientación «laicista» y agnóstica de algunas de esas corrientes, con los síntomas característicos de estatismo docente, merma, exclusión incluso, de los valores y los símbolos religiosos en la educación de la juventud e interpretaciones parciales y deformadas de la historia española; mientras que en la corriente opuesta se hacía más rígido el instinto conservador, el apego a las viejas fórmulas y la repulsa hasta de los aspectos legítimos de las actitudes «progresistas» o renovadoras. No podré olvidar la impresión que mi espíritu de veinte años sintió en Santander, allá por 1934, al palpar el enfrentamiento de «dos Universidades» forjadoras de las minorías dirigentes de la España del futuro: la Universidad estatal de la Magdalena y el Colegio Cántabro, en donde yo estaba por fidelidad a unos valores esenciales, pero resistiéndome

a admitir la permanente «pugna de las dos Españas», estremecido ante el doloroso canto de Antonio Machado:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios;
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Los que, por dramática lotería del destino, quedamos durante algunos meses en el Madrid rojo, tuvimos que saborear la amargura de ver cómo algunos de nuestros mejores maestros universitarios —pienso en hombres tan entregados a la ciencia y ajenos a la política partidista, como Román Riaza o Francisco Beceña— caían asesinados, mientras que otros, que no habían sido hostiles al régimen republicano, marchaban a tierras extrañas ante aquel infrahumano espectáculo de anarquía y de barbarie.

Tal vez por eso, los que logramos evadirnos de aquel infierno y llegar a esta meseta castellana para incorporarnos a las filas del Ejército Nacional, anhelábamos más fuertemente que otros que en nuestra España, en la zona que iba pacificando el General Franco, se superaran el resentimiento y el odio y se convocara a la gran tarea de construir una España nueva al mayor número posible de hombres de recta voluntad que fueran capaces de superar sus actitudes pasadas.

Sería pueril silenciar que muchos de los que en medio de aquella borrasca salieron dispersos por el mundo, sobre todo hacia tierras de América, no regresaron nunca, y allá siguieron, con uno u otro signo, su trabajo intelectual, muchas veces en beneficio de los valores permanentes de la España lejana; pero otros, y de los más significativos y señeros, continuaron su trabajo científico en la España nacional o se reincorporaron a ella después de algunos años. Baste el recuerdo de don Miguel de Unamuno, mantenido por el Caudillo como Rector de la Universidad de Salamanca, hasta un desventurado incidente de octubre de 1936; García Morente; Gregorio Marañón; Ramón Pérez de Ayala; Pío Baroja, y Azorín; José Ortega y Gasset, que vuelve gallardamente a España, en la hora del injusto acoso internacional y desarrolla en Madrid varios atrayentes cursos en su Instituto de Humanidades; Javier Zubiri, que enseña primero en la Universidad de Barcelona y despliega luego en la capital su luminoso espíritu en conferencias periódicas, con acogida creciente de muy amplios sectores; Arturo Duperier, que regresa de Londres antes de perder la nacionalidad española y recupera su cátedra de la Universidad de Madrid por equitativa decisión del Jefe del Estado, y una amplia serie de profesores universitarios, de enseñanza media y de maestros que, separados o

suspendidos en sus funciones en la depuración inicial, van recuperando sus puestos a medida que el Estado consolida sus instituciones y se siente seguro de sí mismo. Y al mismo ritmo se multiplican las ediciones de los grandes poetas y literatos de la época anterior, especialmente de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, cuya muerte violenta en los confusos momentos de la iniciación de la guerra civil fué duramente juzgada por nosotros mismos, los hombres universitarios que luchábamos en los frentes, antes que lo hicieran los críticos internacionales, mudos ante el sacrificio, igualmente inhumano y cruento de Ramiro de Maeztu y de tantos otros miles de estudiantes y de profesores que perdieron su vida en la zona comunista por el único delito de ser fieles a los supremos valores del espíritu.

Entre unas y otras vicisitudes, superando el recuerdo de los ataques pretéritos al Ejército y a otras instituciones tradicionales de la vida española por parte de algunos grupos intelectuales y contrarrestando las presiones de sectores más hostiles a todo ese complejo de tendencias, la prudencia política y el buen sentido del Jefe del Estado logró que no se rompiera completamente la continuidad de la empresa cultural e hizo posible que muchas de estas ilustres figuras, sin adherirse formalmente a los principios del Alzamiento —porque nunca se les exigió más que el respeto externo a las instituciones, como a cualquier ciudadano— continuaran desplegando en España su trabajo intelectual, en una hora precisamente en que en Europa —la Europa de 1940 a 1945— se hacían más rígidos los sistemas totalitarios de uno y otro signo y se negaban el pan y la sal a los hombres de ciencia que no abrazasen todas las consignas del Estado omnipotente.

II. Esfuerzo de las nuevas instituciones en servicio de la cultura

Simultáneamente a esa actitud de parcial asimilación de la obra cultural vigente en España en 1946, las instituciones del nuevo Estado se esforzaron, en medio de grandes dificultades, en fomentar el progreso educativo de la nación y el enriquecimiento de las ciencias y de las letras, a la luz de los valores esenciales que habían dado sentido al Alzamiento.

Dentro de la dificultad inherente a toda esquematización, podrían tal vez contemplarse desde tres ángulos las principales aportaciones realizadas en servicio de la cultura desde la terminación de la contienda civil:

1.º *La situación de paz pública y el mantenimiento de un orden externo de convivencia y de seguridad*

Puede citarse en primer término, no porque sea axiológicamente el factor más importante, sino simplemente por ser primario en un plano existencial. En situación de anarquía no hay obra cultural posible. El investigador en su laboratorio, en el archivo o en la biblioteca; el profesor en la cátedra; el maestro en la escuela, necesitan un mínimo de sosiego, de respeto externo, de estabilidad para poder cumplir con su deber. Los pueblos donde está mejor tutelado el orden de la convivencia son también los pueblos que llevan la capitanía en el orden del progreso de las ciencias y de las letras. Es cierto que no basta con el mero orden público para que una cultura cuaje y alcance su plenitud; pero sin orden público, sin respeto de unos ciudadanos al derecho de otros, sin acatamiento a la autoridad, desaparecen las condiciones previas y mínimas para el trabajo intelectual. Esta es la parte de verdad que late en el duro pensamiento de Goethe: «Prefiero la injusticia al desorden.» Nadie podrá acusar al gran poeta de desamor a la libertad y a la justicia; su afirmación no trata más que de poner al descubierto una verdad innegable. En la situación *hobbesiana* de lucha de todos contra todos, se agosta y muere la auténtica inquietud cultural. Y en el fondo, algo de esto latía también en el conocido vaticinio de Spengler, de que en último término la civilización sería salvada por un piquete de soldados.

Los hombres de ciencia no son belicosos, pese a ciertos prejuicios y leyendas que contra ellos se dan, tan viejos que ya nuestro Séneca se ocupaba de aclarar a los Emperadores de su época que los sabios aman la paz, porque sólo en la paz florece su esfuerzo. Difícil será encontrar auténticos hombres de ciencia en la España de nuestro tiempo que no agradezcan interiormente esa situación de paz pública, de tutela del orden, en cuanto factor indispensable para el progreso cultural. Indispensable, pero no suficiente. Quien ame de verdad a la cultura y sienta la vocación de consagrarse a su servicio, sabe que se requieren otros dos supuestos: la *transformación de las estructuras económico-sociales* para hacer posible un encauzamiento de recursos hacia las instituciones docentes e investigadoras y un *clima moral* que facilite y estimule la *libre expansión del espíritu*. Tratemos de ver hasta qué punto se han cumplido durante estos veinticinco años esas dos capitales exigencias.

2.° *Transformación económico-social y cooperación pública al fomento de la educación y de las bellas artes*

Sin incidir en una interpretación materialista de la historia —que es riesgo en el que a veces caen quienes, sin dejar de pregonar su espiritualidad, se obsesionan por los problemas económicos— no es posible desconocer la importancia que tiene para el desarrollo cultural de un pueblo la fortaleza de sus fuentes físicas de riqueza, la productividad de su trabajo y, sobre todo, la justicia en la distribución de la renta nacional. En la propia historia española es posible trazar un gráfico de líneas paralelas entre los instantes de su poderío económico y político y de su esplendor cultural, como de su empobrecimiento y decadencia en uno y otro orden; y en el panorama actual del mundo se aprecia igualmente una correlación entre la fortaleza material de algunas naciones y el rango de su producción científica e intelectual. La razón es obvia, porque, sobre todo en el plano de la investigación científica, se requieren crecientemente instrumentos costosos y posibilidad de plena dedicación de los hombres de ciencia, y por otra parte, en una sociedad de masas, como la actual, la extensión de la cultura requiere una movilización ingente de recursos financieros.

El Jefe del Estado ha insistido muchas veces en esa necesidad de mejorar la estructura económico-social de España y de hacer más justa la convivencia entre los españoles, como escala para una elevación espiritual y cultural. En su importante discurso ante las Cortes Españolas el 16 de mayo de 1952, dijo inequívocamente: «Todo cuanto en orden a la realización de nuestros programas pretendemos conseguir, necesita estar respaldado por un proporcionado progreso económico. Los avances en el orden cultural, la elevación del nivel de vida, la seguridad social, son imposibles si no los antecede la mejora económica en la nación.»

No es éste el momento de juzgar cuáles han sido los resultados del tenaz esfuerzo de estos veinticinco años por transformar las estructuras económicas y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo (máxime habiéndolo hecho desde esta misma tribuna, con muchos más títulos, el ex Ministro don Juan Antonio Suanzes). Tenemos conciencia de que aún son muy grandes y decisivos los pasos a dar para que se produzca una auténtica solidaridad nacional entre todos los españoles, para que nuestra renta *per capita,* que es aún de unos 250 dólares por persona y año, pueda ascender hacia los niveles que representan aquellos países que superan los 800 dólares, y más aún, para conseguir la redistribución de la renta nacional de modo equitativo entre todos los que cooperan al crecimiento de la riqueza del país. Pero es un

hecho cierto —estadísticamente comprobado— que en el período de estos últimos veinticinco años se ha duplicado prácticamente esa renta, pues si en 1940 era —valorada en pesetas de 1953— de unos 167.000 millones de pesetas, pasaba ya de 300.000 millones en 1958; lo que implica que la renta *per capita,* de ser 1.409 pesetas en 1940, ascendía a 14.783 pesetas en 1958.

Por otra parte, en el notable incremento de nuestra población activa durante ese período, es posible apreciar que, mientras que la mano de obra empleada en agricultura ha subido sólo en un 17 por 100, la utilizada en la industria ha pasado del 164 por 100, y la de los servicios, en un 135 por 100. En este período se han creado cerca de tres millones de nuevos empleos o puestos de trabajo, mientras otros índices, como el de los coeficientes de natalidad y mortalidad decreciente, revelan también el signo «industrializador» de ese proceso económico, con sus muchas ventajas y sus no pequeños pero necesarios riesgos.

La repercusión más directa e importante se tiene en la batalla contra el analfabetismo. La conciencia de que la cultura es una necesidad humana, un poderoso medio de elevación social, ha estado muy viva en el corazón del General Franco desde los primeros años de su Gobierno y reiteradamente lo ha expresado en sus discursos y en sus disposiciones. En la primavera de 1946, hablando a los mineros asturianos, insistía en la necesidad de ganar la batalla contra la miseria y la ignorancia, dando «pan y cultura» a todos los españoles para poder hablar luego de otras libertades concretas. Y en abril de 1947, en diálogo con un periodista extranjero, decía tajantemente: «Todos los problemas de nuestra nación son problemas de educación del pueblo, de ilustrar y perfeccionar sus grandes cualidades naturales...»

Movido por ese superior impulso, el Estado ha puesto en juego un poderoso esfuerzo en la *batalla de la cultura,* obteniéndose resultados que, si aún no son plenamente satisfactorios, tienen, sin embargo, una valiosa significación. Según los datos estadísticos oficiales —sobre los censos de población y otros cálculos complementarios—, resulta que si en 1940 el índice de analfabetismo entre varones y mujeres era todavía del 23,1 por 100, en el censo de 1950 había bajado a un 17,03 por 100; y basándose en ese ritmo ha sido posible estimar que en 1959 el índice de analfabetismo ha sido sólo de un 9,21 por 100. La batalla se ha dado no sólo a través de las campañas y equipos especiales de alfabetización, sino —lo que es más importante— con la multiplicación de las escuelas y de los maestros, para los cuales es justicia tener aquí un recuerdo especial, porque desde el silencio y anonimato de su esfuerzo y en condiciones todavía deficientes de atención por

parte de la sociedad y aun del Estado, han contribuído eficacísimamente a esta incruenta pero esencial pelea por el futuro de España.

Algunos otros datos —con el seco lenguaje de los números (que pueden compulsarse más extensamente en las publicaciones oficiales del Ministerio de Educación Nacional y en el volumen *El nuevo Estado español,* editado por el Instituto de Estudios Políticos en este mismo año)— confirman esta impresión. El número de unidades escolares en el año 1936 era de 42.741; en 1950 alcanzaba ya las 75.346; en 1956 había subido hasta las 85.000, y en 1960 sobrepasaba las 96.000. Y simultáneamente el número de maestros, que en el curso de 1936 era de 47.945, en 1956 se había duplicado, rebasando los 100.000 en 1960. Y en cuanto a la población escolar primaria, que era de dos millones y medio en 1936, se acerca a los cuatro millones en 1960.

Para intensificar ese ritmo de construcción de escuelas, merced al apoyo decidido del Jefe del Estado, se logró en 1957 iniciar un gran plan nacional de construcciones escolares, que en abril de 1961 cuajaba en 15.997 unidades, entre escuelas y viviendas totalmente construídas con subvención del Ministerio de Educación Nacional, y 12.000 más en terminación, es decir, una cifra superior a las 28.000 unidades en los cuatro años de desarrollo del plan.

Análogos avances de orden cuantitativo pueden señalarse en los demás escalones de la enseñanza. Así, en la enseñanza media general la población escolar ha pasado de 61 alumnos por cada 10.000 habitantes en el curso 1940-41, a 138 alumnos en el curso 1958-59, lo que representa un aumento de un 167 por 100, siendo la cifra total de la población escolar de enseñanza media general en España, en este momento, de más de 500.000 alumnos, que cursan sus estudios en 1.482 centros, entre Institutos oficiales de enseñanza media, con sus secciones filiales y secciones nocturnas —para facilitar este tipo de educación a quienes emplean su día en el trabajo— y los colegios reconocidos, autorizados y libres, de la Iglesia y de otras instituciones privadas.

Paralelamente en las escuelas de Comercio, en ese período de 1940 a 1959, se ha registrado un aumento del 61 por 100 del estudiantado; y en las escuelas del Magisterio —lo que es especialmente expresivo— el crecimiento ha sido de un 207 por 100, acercándose hoy a 40.000 los alumnos de uno y otro sexo que se preparan para esa noble misión.

Pero donde el progreso resulta más relevante es en el campo de la enseñanza media y profesional, o más concretamente, en los Institutos Laborales, que es obra en la que puso el Jefe del Estado un interés muy directo y personal.

Innecesario resulta traer aquí a colación los numerosos discursos en que, de una forma u otra, abordó este tema, insinuado ya en sus palabras del 18 de julio de 1942 y reiterado de una forma más expresa el 30 de noviembre de 1946, al anunciar su propósito ante el I Congreso Nacional de Trabajadores: «Queremos que la enseñanza media, que es la que da el nivel medio de las naciones, sea de todos los españoles, y queremos llevar a las cabezas de partido y a los pueblos importantes nuevos Institutos, pero unos Institutos laborales, unos Institutos rurales... que, compendiando las enseñanzas teóricas, formen la verdadera preparación obrera y eleven la cultura de nuestras clases laborales para que el hombre que sale de España y emigra tenga unas dotes, conocimientos y preparación que aseguren su triunfo.» Propósito que, reiterado en el mensaje de fin de año de 1948 y en su discurso en las Cortes en la primavera siguiente, cristalizó en la Ley de Enseñanza Media y Profesional, de 19 de julio de 1949.

Desde entonces el *progreso cuantitativo* de todas esas enseñanzas ha sido muy grande: en el bachillerato propiamente laboral, el aumento de alumnado desde 1950 a 1959 superó el 2,057 por 100, y en la formación profesional industrial clásica rebasaba el 320 por 100; debiendo añadirse a esta cifra la contribución aportada por los centros de formación profesional industrial dependientes de la jerarquía eclesiástica, de la Delegación Nacional de Sindicatos, de la iniciativa privada y la muy importante realización de las Universidades Laborales, sobre todo en su orientación hacia la preparación técnica de nuestros mejores hombres. En conjunto, el número de alumnos, sólo en el curso 1959-60, de ese tipo de enseñanzas, ha rebasado ya los 27.000.

También en el campo de las enseñanzas artísticas el índice comparativo entre los cursos de 1940 a 1959 ha crecido en un 535 por 100, siendo 38.127 los alumnos de los Conservatorios y Escuelas de Bellas Artes en 1958-59, y 19.146 los de Escuelas de Artes y Oficios.

Ese esfuerzo en favor de la formación profesional se ha completado con la atención a las enseñanzas técnicas de grado superior. También en este punto, el General Franco ha sido motor infatigable. Resumiendo lo dicho en ocasiones anteriores, podía insistir el 15 de noviembre de 1952 ante los miembros del I Consejo Político Sindical, que «la economía de una nación, la mejora económica de un pueblo, descansa en la mejora de la producción, en el aumento de productividad en cantidad y calidad. Y para que esto se lleve a cabo no basta que el Estado lo quiera ni que tampoco lo pretendan algunos sectores. Es necesario que todos, absolutamente todos, lo procuremos por todos los medios. *Y para aumentar la producción nacional hace falta transformar y mejorar nuestras industrias, hace falta crear nuevas fuentes de pro-*

ducción y de riqueza, aprovechar y utilizar la técnica moderna no pidiéndole más esfuerzo al hombre, que muchas veces da todo lo que puede, sino facilitándole que con esos esfuerzos y nueva maquinaria logre mayor producción».

Merced a esa insistencia y a las reformas legislativas pertinentes, mientras que en el curso de 1940-41 cursaban estudios en las Escuelas Técnicas Superiores (Arquitectura, Ingenieros Industriales, etc.) 1.731 alumnos, en el curso 1958-59 lo hacían ya unos 7.900, lo que representa un aumento del 356 por 100, que se ha acelerado grandemente en los dos últimos años.

No disminuye por eso la cifra total de alumnos de enseñanza superior clásica, aunque se redistribuye más racionalmente entre las distintas ramas del saber. Si la población escolar superior en España, en el curso de 1939-40, era de 59.699 alumnos, en el curso 1958-59 sobrepasaba los 72.000, lo que representa una cifra de un 23,99 por 100 por cada 10.000 habitantes, en comparación con los 14.408 de 1940. La matrícula en las Facultades de Ciencias aumentó en ese período en un 134 por 100; en Derecho, en un 68 por 100; en Filosofía y Letras, en un 51 por 100; en Medicina, en un 48 por 100, y en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, creada en 1943, el alumnado creció aún con mayor rapidez, revelando el interés por la formación técnico-económica, que también el Jefe del Estado ha calificado reiteradamente como indispensable para el proceso de industrialización de España y elevación de su nivel vital.

A todo ello es preciso añadir la obra educativa desarrollada en los Colegios Mayores universitarios, de los que en 1940 sólo quedaban en España ocho, después del desmoche de los siglos XVIII y XIX, mientras que hoy sobrepasan los 110, con cerca de 9.000 universitarios, recibiendo en ellos la formación complementaria que prevén la Ley de Ordenación Universitaria de 1943 y las disposiciones posteriores.

Unase a todo esto el esfuerzo de protección escolar a través de las becas de estudio distribuídas por el Ministerio de Educación, en número superior a 46.000 en el período de 1956 a 1961; los servicios de la Cinemateca Educativa Nacional, de la Discoteca y de la Biblioteca infantil circulante; la red de asistencia social, representada por la Mutualidad del Seguro Escolar, creada en 1954, y las ayudas directas e indirectas a los centros privados de interés social.

Todo ello ha exigido una enorme tenacidad para que la Hacienda pudiera dotar a todo este tipo de enseñanzas de los recursos necesarios. El presupuesto del Ministerio de Educación Nacional, que era de 338,5 millones de pesetas en 1936 —lo que representaba el 6,54 por 100 de los Presupuestos Generales del Estado—, es hoy, en el ejercicio

económico de 1961, de 6.104,8 millones de pesetas, equivalentes al 10,32 por 100 del presupuesto nacional; a lo que hay que añadir los 600 millones concedidos al fondo nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades, con lo que el presupuesto de Educación pasa a ser realmente de 6.704,8 millones, es decir, el 11,34 por 100 del presupuesto total del Estado.

Razones obvias de tiempo impiden extenderse en el análisis de otros índices reveladores de ese esfuerzo, tanto en el aspecto *cuantitativo* del volumen de medios puestos al servicio de la enseñanza, cuanto en el *cualitativo* de las reformas legales: las Leyes de Enseñanza Media de 1939 y de 1953; la de Enseñanza Universitaria de 1943, la de Enseñanza Primaria de 1945; la de Enseñanza Media y Profesional de 1949, la de Formación Profesional Industrial de 1954, la de Enseñanzas Técnicas de 1957 —entre las más salientes—, así como la creación de Centros o Institutos para el perfeccionamiento pedagógico y el fomento de cursillos, semanas de estudios, etc.

Y debe quedar hecha también aquí especial mención de la copiosa tarea realizada en estos decenios por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en cuya fundación, por Ley de 24 de noviembre de 1939, tuvo parte muy primordial la viva inquietud del Jefe del Estado y su voluntad de poner a disposición de los hombres de ciencia un conjunto de medios materiales indispensables para la tarea investigadora: edificios, laboratorios, bibliotecas, revistas, etc. Nadie que realmente se preocupe por la cultura en España podrá desconocer la importancia de ese esfuerzo —así como el de algunos otros Institutos especializados: el Instituto de Estudios Políticos y el de Estudios Jurídicos, ambos con muy valiosa ejecutoria; el Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, el de Técnica Aeronáutica, la Junta de Energía Nuclear, de singular relieve, y otros centros similares— ni dejar de hacer votos porque esos organismos sigan siendo objeto de la atención del Estado, con las rectificaciones y perfeccionamientos que la experiencia aconseja, en el sentido de prestar más atención al elemento personal que trabaja en esas organizaciones para hacer posible su íntegra dedicación, y de fomentar el enlace orgánico con las Universidades, a fin de que el esfuerzo conjunto fructifique a ciento por uno en servicio de España.

Por último, piénsese en la tenaz empresa llevada a cabo en estos decenios por el Estado, con la cooperación muchas veces de las entidades provinciales y locales, en la reconstrucción de preciados monumentos históricos, rehabilitación de viejos monasterios, como el de Poblet, el del Parral, la Cartuja de Jerez, la de El Paular, etc., para la oración y el culto; las grandes exposiciones bienales de arte —que

abrieron ventanas a las nuevas tendencias artísticas— y la modernización y enriquecimiento de los archivos, bibliotecas y museos, donde se guardan las más hermosas huellas del potente espíritu de un pueblo que siente revivir en sus entrañas el afán de crecer, de crear y de servir.

3.° *Fomento de los valores espirituales en que se apoya la obra de cultura*

Mas para elevar el nivel cultural de un pueblo y fomentar la creación científica y literaria no basta con asegurar la paz pública, promover la transformación económico-social y acrecentar los medios materiales al servicio de la docencia y de la investigación. La cultura es fundamentalmente obra del espíritu y sólo florece y fructifica en un clima moral de respeto al hombre, en sí mismo considerado, como portador de un destino trascendente y de unos valores eternos —según la hermosa expresión de José Antonio—, y al pueblo, en su conjunto, en cuanto grávido de una misión universal. Todo régimen político, por consiguiente, que quiera contribuir a la elevación de la cultura tiene que respetar y fomentar los valores espirituales en que ésta se cimienta.

a) Entre ese conjunto de valores está, en un plano inmediato, el *sentido de la propia dignidad colectiva, el rescate del perfil nacional, la decisión de volver a tener puesto y misión en el mundo.*

Cuando Elio Antonio de Nebrija, al presentar su *Gramática* a los Reyes Católicos, destacaba el enlace entre la lengua y el imperio, tenía sin duda en su mente una verdad más amplia y más honda: la de que en cada pueblo, los momentos de esplendor cultural coinciden con las horas de plenitud política, en el sentido más profundo y lleno de este término. La España del XVI vivió simultáneamente la apoteosis de su ser nacional y de su presencia en el mundo y la prodigiosa floración de su espíritu en todas las perspectivas de la verdad y de la belleza.

Salvadas las diferencias históricas, sería injusto negar que desde 1936 el pueblo español readquiere conciencia más viva de su energía interior y se va fortaleciendo vigorosamente su perfil ante el mundo. El desmadejamiento de finales del pasado siglo y principios del presente ha ido dando paso —por la tenaz voluntad, en gran parte, del Jefe del Estado y de los hombres del 36— a una más fuerte presencia en el escenario internacional.

Ciñéndonos al aspecto cultural, puede subrayarse, sobre todo, el acrecentamiento del diálogo entre los hombres universitarios de España e Hispanoamérica. La creación del Instituto de Cultura Hispánica

en el año 1946—recogiendo lo que había de valioso en el anterior Consejo de la Hispanidad— puso un cauce instrumental para esa conjugación de esfuerzos entre los hombres de ciencia y de letras de uno y otro lado del mar. A través de congresos científicos, de multiplicación de libros y de revistas, de viajes de profesores españoles e iberoamericanos para desarrollar cursillos, pronunciar conferencias o llevar a cabo investigaciones, se ha conseguido en pocos años despertar un interés recíproco que puede ser esencial para el futuro de nuestros pueblos, si se persiste en el empeño y se amplían sus posibilidades. De la docena escasa de estudiantes hispanoamericanos residentes en la Universidad de Madrid en 1946, hasta los seis mil y pico que hoy cursan enseñanzas en nuestros principales centros superiores, se descubre una línea ascendente en la que la España de hace cincuenta años no pudo tal vez ni soñar. Y es justo atribuir en gran medida al Jefe del Estado el calor y el apoyo que puso en marcha esa hermosa y esencial aventura. El sabe—y alguna vez se le ha oído decir— que las circunstancias internacionales podrán obligar a España a entrar en ésta o en la otra alianza, pero sólo como una unión de conveniencia, pues el matrimonio de amor de España está reservado para los veintitrés pueblos del Mundo Nuevo que se engendraron en el ensueño materno de la reina Isabel.

Pero consciente también de otros deberes que la situación geográfica y la historia imponen, el Jefe del Estado orientó la atención de sus colaboradores hacia otras vertientes del panorama de la cultura internacional: el mundo árabe, con el Instituto Hispano-Arabe de Cultura; los países de Europa, a través de la acción tenaz de la Dirección General de Relaciones Culturales, e incluso la participación activa en la UNESCO desde 1954, superadas las vacilaciones de algunos ante el perfil equívoco de esta organización, por el propósito de voluntad militante y aun misional que late en la entraña misma de la presencia universal de España.

b) El segundo valor fundamental en que se apoya la cultura es el *clima de libertad interior,* de respeto a la acción creadora del hombre de ciencia o de letras, del investigador o del poeta. La cultura es conquista del espíritu en libertad, no de una libertad que gire loca sobre sí misma, sino de una libertad auténtica y radicalmente humana, cuyo sentido estriba en el servicio consciente y gozoso de los más altos valores del espíritu.

En este aspecto puede invocarse la palabra del evangelio de San Juan, de que «la verdad libera»; pero siempre que al mismo tiempo se adquiera plena conciencia de que una limpia y recta libertad hace también *más verdadero* el ser de la patria y de sus hombres, y pone a

quienes se consagran al cultivo de la inteligencia en condiciones más favorables para el descubrimiento de la verdad, el amor a la norma y el canto de la belleza.

Sé que toco aquí el punto más delicado a la hora de valorar estos veinticinco años de esfuerzo por la cultura, pero sería insincero conmigo mismo si lo dejara en la penumbra. No se me ocultan que aún subsisten en este punto diferencias de enfoque, incluso por parte de hombres que estuvieron juntos en los frentes de combate; pero hay algunos aspectos que, por ser objetivos, pueden dar paso a una constructiva consideración.

Honestamente creo que puede decirse —como antes señalábamos al examinar la actitud de los hombres del Movimiento nacional frente a las corrientes culturales de la España de 1936— que por encima de desviaciones momentáneas y de tropiezos parciales, explicables en el duro clima de los años de la guerra y de la espinosa posguerra, han ido conviviendo, más o menos holgadamente, en la órbita del Nuevo Estado distintas corrientes culturales y diversos focos de acción educativa, una vez superado el riesgo de las concepciones totalitarias por la fibra cristiana de los principales hombres que hicieron el Alzamiento y, sobre todo, por la elevación y serenidad de ánimo del Jefe del Estado, que compensó más de una vez los roces y enfrentamientos.

a) Por de pronto es bien patente que desde el primer momento se concedió a la Iglesia y a las instituciones de ella dependientes un muy amplio margen de autonomía no sólo en la acción apostólica, sino también en la obra educativa y cultural. Crecieron y se perfeccionaron los Seminarios de formación del clero y los noviciados y casas de estudio de las Ordenes religiosas; pero además fueron surgiendo Centros o Institutos de cultura superior eclesiástica con inquietudes y medios al nivel de nuestro tiempo. Las Semanas de Teología y de Filosofía, en las que cooperó muchas veces el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; los Congresos de Derecho canónico, Apologética, Liturgia, Catequesis, etc., y las revistas especializadas en todas estas disciplinas marcan jalones de singular trascendencia. En justicia puede decirse que el desarrollo de la cultura eclesiástica en España en este cuarto de siglo ha sido realmente notable. Basten los nombres de algunos prelados como los cardenales Gomá, Pla y Deniel, Arriba y Castro, Quiroga, Bueno Monreal, Larraona...; el patriarca de las Indias Occidentales, doctor Eijo Garay —presidente del Instituto de España—, los arzobispos y obispos Olaechea, Morcillo, García de Castro, Goldaraz, Yurramendi, Zacarías de Vizcarra, Ballester, Menéndez Reigada, Barbado, Herrera, López Ortiz, Cantero, Tarancón, Cirarda, Benavent, González Moralejo, Mansilla...; y religiosos y sacerdotes

como los padres Ramírez, Beltrán de Heredia, Suárez, Lozano, Alonso, Sauras, Muñiz, Urdanoz, Fraile, Colunga, Cuervo, Díez de Triana, Royo Marín, Ubeda, Alvarez, Soria, Artola, Regatillo, Izaga, Zalba, Laburu, Elorduy, Errandonea, Aldama, Bover, López, Azpiazu, Del Valle, Iparraguirre, Brugarola, Arín, Abella, Villoslada, Llorca, Ceñal, Guerrero, Iriarte, Iturrioz, González, Díez Alegría, Sánchez Gil, Llanos, Arturo Ortega, Félix García, Capanaga, Vaca, Pérez de Urbel, Del Prado, Albareda, Silveiro de Santa Teresa, Nácar, Arnaldich, Escrivá, Guerra, Baldomero Luque, Querejazu, Lamberto de Echevarría, Goñi, Sala Banús, Sagarmínaga, Morta, Roca, Sopeña, Romero de Lema, Iribarren, Castro, Javierre... y tantos otros que dolorosamente no es posible citar aquí, pero cuya evocación en bloque nos hace adquirir conciencia de que el temple cristiano de nuestro pueblo no sólo se manifiesta en un elevado clima de virtudes morales, en el que florecen las vocaciones al servicio del Señor, sino que también logra cuajar en espléndidas realidades de vigorosa cultura.

Simultáneamente, la multiplicación y perfeccionamiento de los colegios de Enseñanza Media regentados por Ordenes religiosas y a veces directamente por algunos ordinarios diocesanos ha permitido a la Iglesia española una amplísima acción educativa en el seno de la juventud. Y coronando el proceso, no sólo se han mejorado algunos Centros Superiores de docencia eclesiástica que ya existían en España, como el de Comillas, sino que han brotado otros nuevos —el Instituto Social León XIII, la Escuela de Ciudadanía Cristiana, el Estudio General de Navarra...— y, como cifra y símbolo de todos ellos, la Universidad Pontificia de Salamanca, cauce abierto para una elevada aportación de saber eclesiástico a la cultura integral de España, como el Jefe del Estado puso de relieve al recibir en ella, en reconocimiento a su decidido apoyo, la investidura de Doctor *Honoris causa.*

6) Por otro lado, y esto es aún más expresivo, no sólo prolongaron su labor —como antes se dijo— muchos de los hombres de ciencia y de letras de los más eminentes de la España de 1900 a 1936, sino que han ido cuajando nuevas figuras intelectuales en el clima de los valores de una concepción cristiana de la existencia, pero con matices distintos y a veces contrapuestos, al proyectar esos valores sobre la realidad temporal del mundo circundante. Vale la pena insistir en que las instituciones del Alzamiento nacional no han impuesto una monótona y esterilizante uniformidad, en contraste con lo ocurrido durante el mismo tiempo en algunos países de Europa. En la España de estos veinticinco años ha sido posible que —con mayor o menor sosiego— desarrollen su obra cultural hombres de muy distinto perfil y en torno a hogares de pensamiento o revistas de muy varia orientación: *Jerar-*

quía, la revista que en Pamplona, a la voz de Fermín Yzurdiaga, levantó las primeras banderas de exigencia intelectual; *Escorial,* ligada ya para siempre al nombre de Pedro Laín Entralgo, una de las figuras más auténticas, nobles y generosas de la España actual; *Alférez, Alcalá, Arbor, Punta Europa, Nuestro Tiempo, Indice, Insula, Papeles de Son Armadáns,* cuadernos de la editorial *Revista de Occidente, Razón y Fe, La Ciencia Tomista, Razón y Cultura,* CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, *Mundo Hispánico, Goya, Praxis...* y otros rótulos que evocan inquietudes muy distintas y todas posibles, en mayor o menor grado, dentro de la España actual. Muchas están en la línea del pensamiento más tradicional —el que marcaron a lo largo del siglo XIX y en los albores del presente las egregias figuras de Jaime Balmes, Donoso Cortés, Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu...; mientras que algunas —sin dejar de nutrirse en esas fuentes— se abren también a la comprensión de la obra de los principales maestros de las otras vertientes —la de Unamuno y Ortega, principalmente— para intentar, desde una concepción radicalmente cristiana del mundo y de la vida, la integración de lo legítimo y verdadero que pueda haber en cualquier sector del pensamiento.

En el panorama actual de la cultura española suenan nombres de muy vario acento, algunos de ellos ya de firme personalidad en 1936 y otros forjados en este último cuarto de siglo. Con carácter meramente enunciativo, no sin dolor al no poder citar cuantos lo merecen y buscando más bien señalar la amplia gama de matices y aun de contrastes que se descubre, cabe recordar en el campo de las ciencias de la naturaleza a Rey Pastor, Palacios, Torroja, Duperier, Cabrera, Lora Tamayo, De Castro, Grande Cobián, Pascual Vila, Bru, Velayos, Nogareda, Buscaróns, Albareda, Burriel, Ríos, Alcobé, Vián, Vilas, Lucena, Santesmases, Pascual Teresa, García Escudero, Otero Navascués, Durán, Sánchez del Río y muchos más de análogo nivel, sin que pueda dejar de pronunciarse con alegría de español el nombre del doctor Severo Ochoa, que, aun residiendo habitualmente en América, ha logrado para la ciencia de nuestra estirpe el Premio Nobel.

En la órbita de las disciplinas médicas, Marañón, Jiménez Díaz, Pons, Enríquez de Salamanca, Barcia, Gay, Casas, Vara López, Bolleta, García Orcoyen, Usandizaga, Orts, Pérez Llorca, Sanz Ibáñez, Bermejillo, González Bueno, Civeira, Ortiz de Landázuri, De la Peña, Puigvert, Royo Villanova, Balcells, López Ibor, Vallejo Nájera, Díez Caneja, Rof Carballo, Blanco Soler, González Duarte, Castroviejo, Barraquer, Arruga, Alonso, Candela, Obrador, Vega Díaz y tantos otros que enaltecen a la actual Medicina española.

En la vertiente de las ciencias históricas —en sus distintas ramas—, y aparte de la figura siempre venerable y excepcional de don Ramón Menéndez Pidal, pueden recordarse —siempre con perfiles muy distintos— los nombres de Laín, Tovar, Pabón, Alvarez Miranda, Pericot, Ballesteros, Pérez Bustamante, Ferrandis, el marqués de Lozoya, García Gómez, Maldonado, Cantera, Morales Oliver, Entrambasaguas, Angulo, Millás, Camón, Sánchez Cantón, Marco Dorta, Viñas, García Bellido, Almagro, Sosa, García de Valdeavellano, Montero Díaz, Pérez Villanueva, Ruméu de Armas, Casas, López Amo, Calvo Serer, Rodríguez Casado, Fontán, Salas, Vicens Vives, Palacios Atard, Artola, Pérez Embid, Céspedes, Martín de Riquer, Terán, Suárez Verdaguer, Alonso del Real, Melón, Delgado, Fernández Almagro, Soldevila, Aunós, Vegas Latapié, Martínez Campos, Sintes..., etc., y en el campo de la filología, además de algunos de los ya citados, Dámaso Alonso, Lapesa, Maldonado, Valbuena, Bassols, García Blanco, Induraín, Balbín, Lázaro, Fernández Galiano, Pabón, Galindo, Ortiz Muñoz, Sánchez Ruipérez, Otero Pedrayo, Muñoz Cortés, Casares, etc., entre otros muchos.

El campo de las disciplinas jurídicas se ha enriquecido por el esfuerzo de hombres como Yanguas Messía, Barcia Trelles, Trías de Bes, Luna, Castiella, Cortina, Castro Rial, Miaja de la Muela, García Arias, Aguilar Navarro, Truyol, Sánchez Apellániz, Ramírez de Arellano, Poch...; Gascón y Marín, Jordana de Pozas, Pérez Serrano, Pi y Súñer, Royo Villanova, Gendín, López Rodó, García de Enterría, Garrido, Ruiz del Castillo, Sánchez Agesta, Conde, Fraga Iribarne, Gil Robles, Tierno Galván, Ollero, Fernández Miranda, Maravall, Díez del Corral, Ramiro Rico, Hernández Rubio, Fueyo, Lucas Verdú, Jiménez de Parga, Fernández Carvajal, Carro...; Cuello Calón, Pérez Vitoria, Antón Oneca, Guallart, Ferrer Sama, Silva Melero, Del Rosal, Stampa...; Arias Ramos, Ursicino Alvarez, Sánchez del Río, Iglesias, Hernández Tejero, Alvaro D'Ors, Orlandis, García Gallo, Torres López, Galo Sánchez, De la Concha, Beneyto, Manzano, Jiménez Fernández, Eloy Montero, Maldonado, Isidoro Martín, Echevarría, Hernández Ascó, Guasp, Prieto Castro, Gómez Orbaneja, Viada, Gordillo...; Pérez Botija, Bayón, Sainz de Bujanda, Martín Artajo, Federico Rodríguez, Alonso García..., en las vertientes del Derecho público, del Derecho canónico, del Derecho del trabajo o de la historia jurídica y del Derecho romano; Castán, García Valdecasas, Cossío, Pérez González, Federico de Castro, Hernández Gil, Beltrán de Heredia, Guilarte, Bonet, Batlle, Marín, Garrigues, Polo Díez, Uría, Fuenmayor, Valiente, Espín, Marín Pérez, Fernández de Villavicencio, Blas Piñar, Roca Sastre, Maspóns, Borrel... y tantos más en el Derecho privado; mientras que en la órbita de las disciplinas económicas,

Valentín Andrés Alvarez, Torres Martínez, Castañeda, Sebastián Herrador, Ullastres, Naharro, Prados Arrarte, Sampedro, Figueroa, Velarde, Sardá, Fuentes, Estapé, Larraz, Gual Villalbí, Navarro Rubio, París Eguilaz..., destacan en una serie creciente de investigadores y publicistas de verdadera valía.

En el horizonte de las disciplinas filosóficas, antropológicas y sociológicas, aparte de los nombres de Ortega y Zubiri, sobresalen —cada uno desde un ángulo propio— pensadores como Laín, Marías, L. Aranguren, Leopoldo Eulogio Palacios, González Alvarez, Panikker, Muñoz Alonso, Millán Puelles, Sánchez de Muniaín, Cruz Hernández, Carreras Artáu, Carlos París, Todolí, Yela Granizo, Saumells, Mindán, Frutos Cortés, Zaragüeta, García Hoz, María Angeles Galino, Alcorta, Tusquets, Gómez Arboleya, Lisarrague, Del Campo, Perpiñá...; Sancho Izquierdo, Puigdollers, Legaz y Lacambra, Corts Grau, Luño Peña, González Vicent, Galán, Elías de Tejada, Truyol, Asís, etc.; mientras que en el mundo de la novela, las letras y la poesía de estos años, Eugenio Montes, Sánchez Mazas, Agustín de Foxá, Pérez de Ayala, Camilo José de Cela, Gironella, Jiménez Arnáu, Zunzunegui, Agustí, Soler, Pombo Angulo, Romero, Halcón, Gómez de la Serna, Fernández Figueroa, Castillo Puche, Carmen Laforet, Ana María Matute, Elena Quiroga, Torrente Ballester, Jardiel Poncela, Suárez de Deza, Buero Vallejo, Mihura, Sastre, Luca de Tena, Ruiz Iriarte, Llopis, Calvo Sotelo...; Aleixandre, Dámaso Alonso, Guillén, Pemán, Rosales, Panero, Vivanco, Ridruejo, Miguel Hernández, Blas de Otero, Celaya, Muñoz Rojas, Riba, Souvirón, Bousoño, García Nieto, Hierro, Gomis, Cano..., entre otros muchos, que constituyen una rica escala de tonalidades, prolongan la clara luz de nuestra capacidad creadora, y en la pintura y artes plásticas, Vázquez Díaz, Ortega, Zabaleta, Benjamín Palencia, Vaquero, Tapies, Victorio Macho, Marés, Ferrant, Chillida, Pablo Serrano, Vázquez Molezún, Fisac, De la Hoz, Fernández del Amo y tantos más, se asoman con sensibilidad renovada al paisaje y al alma de España o alumbran nuevas formas de expresión. Y poco a poco van también refloreciendo —aunque todavía lentamente— las letras vernáculas en la hermosa y fecunda tierra catalana, sin cuya aportación —como agudamente subrayó un día don Marcelino Menéndez Pelayo— estará siempre incompleto el tesoro de la literatura española.

Mas todo esto —que implica la dimensión más problemática y delicada de la empresa cultural— nos sitúa ya en el último punto de nuestra meditación.

Se nos habría agostado el aliento que nos llevó a los campos de guerra y sería bien menguada nuestra confianza en la vitalidad de la España que hemos ido forjando si no tuviéramos el coraje de denunciar las brechas que aún no pudimos cubrir y de enfrentarnos con el panorama de nuestras inmensas posibilidades.

También en esto el Jefe del Estado nos ha dado ejemplo al decir en Sevilla, el 16 de abril de 1953, con acento joseantoniano, que «la patria no es todavía como quisiéramos que fuera; es como la hemos heredado, con sus viejos abandonos, con sus miserias y con sus necesidades». Y todavía resuenan en el aire, como un renovado motivo de esperanza, sus acusaciones tan duras en Córdoba contra las injusticias sociales que aún subsisten en gran parte de nuestra tierra y la necesidad de luchar contra ellas sin tardanza y sin vacilaciones.

a) Este debe ser, aun desde el punto de vista que aquí nos congrega, nuestro primer objetivo: *transformar las anacrónicas estructuras sociales de España, que pesan como una losa sobre el progreso cultural de nuestro pueblo.* Contra esas injusticias tenemos que luchar incansablemente y a paso de ataque, no de cómodo desfile, los hombres que nos lanzamos al campo en 1936. La palabra del Señor resuena bien clara a lo largo de los siglos: sólo buscando la justicia, lo demás se tiene por añadidura.

Hemos tratado de ver, con el escueto rigor de los números, hasta qué punto el esfuerzo por llevar la cultura a todos los sectores de nuestro pueblo ha crecido en estos años; pero sería farisaico nuestro gozo si no nos doliera todavía en el alma esa cifra del 9 por 100 largo de analfabetos, hermanos nuestros, hijos tal vez de los hombres que compartieron con nosotros, en los frentes de guerra, la ilusión de una gran España. Aún hay cientos de miles de niños en nuestros pequeños pueblos esperando escuelas; y son ya anticuadas o insuficientes las aulas de los Institutos, de los colegios y de las Universidades para recoger las riadas de los jóvenes que anhelan liberarse por el saber. Frente a este urgente problema no sólo el Estado, sino todos los estamentos de la sociedad, tienen que movilizarse. La gran batalla de la cultura está permanentemente abierta para una nación que, como la nuestra, fué luz y guía del mundo. Deben resonar en nuestros espíritus las graves palabras con que el Jefe del Estado nos exhortaba a todos en su mensaje de Nochevieja de 1952: «Yo quisiera colocar a todos los españoles frente a su responsabilidad respecto a la juventud. Todos queremos una España mejor. A su conjuro, pocos son a los que no se les ensancha el corazón de emoción y de esperanza. Mas,

sin embargo, ¡qué cortos son los sacrificios en este sentido! ¡Cuántos jóvenes se desvían y se pierden por esa falta de solicitud! ¡Qué buena madera de héroes y de santos se pierde al correr de los años!... Imaginaos cuánto podemos hacer en servicio de nuestra patria atendiendo a la formación del espíritu y del carácter de nuestros jóvenes... para que surjan generaciones sanas de espíritu y de cuerpo que rediman a España... La obra está reciamente emprendida, y su gloria puede ser gloria de todos.»

Correspondiendo a este llamamiento, cada uno de nosotros debe sacudir los ambientes en que se mueva, urgiendo al cumplimiento de los deberes fiscales —especialmente los impuestos directos— para que el Estado disponga de los recursos necesarios con que atender a la construcción de escuelas, al perfeccionamiento de los centros medios y superiores y a la suficiente dotación del magisterio y del profesorado. El 11 por 100 que representa el presupuesto del Ministerio de Educación Nacional, respecto a los Presupuestos Generales del Estado, debe subir en un 50 o un 100 por 100 a medida que las posibilidades de nuestra economía y de nuestra hacienda lo permitan, pero sin escudarnos demasiado en prudencias fiscales. En primer término, porque siempre cabe una mejor distribución de los recursos ya existentes entre los diversos Ministerios, y en segundo lugar, porque precisamente el progreso de nuestra industria, y en general de nuestra economía, está en gran medida condicionado por el ritmo de nuestro avance cultural. Para *producir* más y mejor —o incluso para consumir— hace falta el estímulo de la *retribución justa* y los factores insustituíbles del saber y de la imaginación. Debemos predicar y urgir sin cansancio a las autoridades y a los ciudadanos para que la justicia social no se quede en una más equitativa distribución del «pan y de la vivienda», sino que alcance a los impalpables pero esencialísimos valores de la cultura. Estoy seguro de que el General Franco, en este XXV aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado, si pudiera elegir monumentos y homenajes, pediría que en cada pueblo de España surgiera, por la iniciativa de sus Ayuntamientos y de sus minorías pudientes, una escuela donde la voz clara de los niños dijera, con sus cantos alegres, la desinteresada e inocente alabanza de la verdad.

Al mismo tiempo, en el plano de las enseñanzas superiores, tenemos que acelerar el ritmo para disponer cuanto antes de *legiones de técnicos*, que impulsen el desarrollo industrial de España; pero que lo hagan con *espíritu radicalmente humano* frente a la angustiadora mecanización que acongoja al mundo. De nuestras Universidades y Escuelas Técnicas Superiores tienen que surgir, al modo de nuevos alféreces pro-

visionales, unos técnicos que crean en Dios y que amen a los hombres. Si España no puede regalarle al mundo todavía poderosos instrumentos atómicos, puede y debe regalarle una falange de gentes jóvenes, capaces de transformar los artilugios de la muerte en palancas al servicio de la vida y de la paz entre los hombres.

b) Y ese mismo esfuerzo debe empujarnos también hacia *un segundo objetivo: el de superar definitivamente los prejuicios y los recelos recíprocos* entre las distintas corrientes culturales, de que antes hicimos mención. No se trata de lograr una uniformidad, que sería nociva para el ser mismo de la Patria, antes al contrario, hay que hacer posible una limpia libertad. El Doctor Angélico, prolongando a Aristóteles, enseñó agudamente que no se puede extremar tanto la unidad política que se destruya el ser mismo de la ciudad, un ser que requiere diferenciación y diálogo. Pero un diálogo que ligue a los hombres en una misma esperanza, en un mismo proyecto de vida en común, por encima de las opiniones legítimamente discordantes en lo contingente y accidental. Importa que afirmándonos en los valores fundamentales de la concepción cristiana de la vida, los hombres de 1936 hagamos lo posible por salvar cuanto había de valioso en la obra de los anteriores y por transmitir a los de 1960 un vivo y encendido mensaje. Y que ese diálogo, ya en escala colectiva, se dé dentro de España entre todas las regiones: Castilla, Cataluña y el país vasco, Extremadura y Andalucía, Aragón y las islas..., cada una con su propio acento y todas concertadas en la gran sinfonía de España, la que añoraba Ramiro de Maeztu, el son conjugado y armonioso de la lira, no de la gaita, por el cual, en gran parte, José Antonio Primo de Rivera vertió su sangre generosa.

Y diálogo también, entre los principales estamentos de la nación. *Entre la Universidad y la Iglesia,* que sólo beneficios pueden sacar de una confianza recíproca: la Universidad, abriéndose a la luz espiritual del dogma cristiano y al calor de la caridad que transforma y une a los hombres, y la Iglesia viendo en la Universidad civil no sólo un campo de acción apostólica, sino el espejo vivo donde se reflejan con especial sensibilidad los más hondos problemas nacionales, cuyo latido importa auscultar atentamente para que el proceso de los años futuros se desarrolle bajo el signo de la verdad y de la paz. Y comprensión, además, entre la *Universidad y el Ejército,* porque para la fortaleza de España frente a un mundo desorientado y roto, hacen falta tanto la Tizona del Cid en una mano cuanto la «espada del espíritu» en la otra. La Universidad tiene que comprender al Ejército y apreciar las virtudes de la vida en milicia; pero, a su vez, el Ejército debe comprender las dimensiones y exigencias esenciales de la Universidad, que

no puede renunciar sin adulteración a su legítimo sentido de inquietud por la verdad y de crítica contra lo imperfecto, siempre que uno y otra se pongan al servicio de una Patria más alta.

☆

Frente a la angustia y al desaliento del mundo nos queda íntegra una esperanza: la de que en estos años de paz, que aún Dios nos conceda en torno al Jefe del Estado, se logre incorporar a todos los españoles de limpio corazón a una gran empresa de justicia y de amor. *Conjugar el sentimiento de lo nacional y el afán de solidaridad social bajo la primacía de lo espiritual* ha sido la consigna, una y otra vez reiterada por él, en estos veinticinco años. Lograrlo plenamente no es sólo necesidad para los españoles que quieran abrir amplios caminos a la Patria futura, sino también ofrenda a las gentes de nuestra misma estirpe, allende los mares. En el choque de los grandes Imperios que hoy se dividen la influencia del mundo, tal vez Dios reserve a España y a los pueblos hispánicos el hallazgo de las fórmulas concretas que salven históricamente a los hombres. Pero para eso es preciso que al calor de la fe de Cristo llevemos a plenitud la gran aventura de integrar cultural y vitalmente todo lo valioso, noble y verdadero que pueda germinar en el espíritu humano.

☆

Así suena veinticinco años después nuestro canto de esperanza. En 1936—cuando nos jugábamos todo a cara o cruz—rompimos la marcha guerrera por los campos de España con la arrolladora decisión de vencer con las armas; hoy, en 1961, hacemos un alto en el camino sobre esta meseta de Burgos para tomar aire puro y reavivar el latido de nuestras ilusiones. Hombres de guerra y de paz, de campamento y de aulas, repetimos nuestra decisión de convencer con la justicia, con la verdad y con el amor. Si un día, va para diez siglos, Ruy Díaz de Vivar, al entrar en Valencia, llamó junto a sí a don Jerome, «hombre bien entendido en letras», para que le ayudase a regir la nueva comunidad; el General Franco pudo decir en ocasión solemne—al clausurar la Asamblea Nacional de Universidades (16 de julio de 1953)—que para él «no cabe una España grande con una Universidad pequeña»; que para él no es posible una gran empresa política sin la colaboración ilusionada de quienes aman la ciencia y sin la extensión del saber a todos los hombres de la Patria.

Para este decisivo combate, las gentes de España estamos alerta y en pie. Y tal vez mañana, cuando el Caudillo pase de nuevo por las viejas calles de Burgos entre el clamor del pueblo, la clara voz del juglar del Mío Cid dirá, con gozo de siglos, que ya está floreciendo su más hondo anhelo:

Dios que buen vassallo, si oviese buen señor.

Joaquín Ruiz-Giménez Cortés
Velázquez, 51
MADRID